

## Construcción de ciudadanía mexicana: entre condiciones y contradicciones

Víctor Hugo Gaytán Martínez

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México

[victor.gaytan@uacj.mx](mailto:victor.gaytan@uacj.mx)

ORCID: 0000-0002-2810-6929

### 1

ENTRE LA CONDICIÓN DE LA IDEA Y LO REAL en la ciudadanía hay una distancia epistemológica y pragmática extensa. La distancia, inconmensurable por las características y la complejidad entre lo que debería ser y lo que *realmente* es, arrastra, al que medita sobre este asunto, a cierto grado de pesimismo traducido en gestos de desesperación y desasosiego. ¡La impotencia parece atraparnos!

Si el llamado a la complejidad no basta como razón del pensamiento, es preciso revisar el trabajo de Luis Dumont sobre el sistema de castas en la India:<sup>1</sup> el *Homo Hierarchicus*. En una mirada que ha sido normada con cierto tipo de estructuras cognitivas y culturales, la lectura de Dumont puede parecer hasta increíble. Tanta luz puede cegarnos, como al que va saliendo de la caverna. ¿Pero esto no ha sucedido siempre?; es decir, que, al leer la complejidad del sistema de castas, sus relaciones e interacciones y la forma de ordenarse, más bien se ve una realidad que ya ha estado presente en muchos de los países del mundo, esto es, que la luz ha estado, pero que la hemos evitado.

En el *Homo Hierarchicus* se encuentran descripciones que ponen en cuestión la normalización de estructuras cognitivas enfocadas en un referente homogéneo: la sociedad. Distinta a la visión de las castas, cada ser humano tiene su valor y su poder; la sociedad moderna –única– abstrae al individuo de su propio yo para llevarlo a la generalización de lo que *siempre* no es. Por supuesto que, en estas cuestiones,



<sup>1</sup> Louis Dumont, *Homo Hierarchicus: Ensayo sobre el sistema de castas*. Aguilar, 1970.

la lógica jurídica formal puede quedar lejos, por eso es por lo que algunos países adoptan el sistema de usos y costumbres.

La respuesta de los regímenes democráticos liberales (que no siempre son tan liberales y mucho menos democráticos) está próxima al vacío, pues se opta por conjeturar un *ciudadano igual*, moral, política y económicamente, con similares características, que responderá a la misma lógica de socialización y convivencia. Asimismo, se visualiza un ser humano, ciudadano, o como le quieran llamar, idealizado, en el que recaen las esperanzas futuras –por ejemplo, la juventud–.

Con Dumont, de forma general, queda claro que no hay esencia nacional; por ejemplo, no hay un único mexicano, a pesar de la distinción que nos descubre Samuel Ramos respecto a la inseguridad generalizada del ciudadano en sí mismo. Con Dumont observamos que, como la India, México posee características complejas que ni la propia democracia puede satisfacer. Desde los grupos indígenas, que de por sí varían; más los problemas que enfrenta la comunidad LGBTTTIQ; más lo que cada ciudadano representa por sí mismo: todo ello provoca una cierta necesidad de orden, pero, al mismo tiempo, un referente, una idea, que visualice que México no es *uno* y que *muchos* no significa sólo números, sino diversidad, necesidad, pluralidad.

Si queremos acomodar todas las piezas de este rompecabezas por medio de un régimen llamado democrático, habría que pensar en una idea menos impositiva y más abierta respecto a lo que representamos, ahora sí, en la generalidad: una pluralidad. Esto evoca, por ejemplo, hacia ideas del filósofo anarquista Max Stirner respecto a cómo se alaba al estado y al que se le faculta para imponer el orden. ¿No habría qué pensar si no nos queremos deshacer del Estado: en una nueva idea de orden que obedezca a la pluralidad y no a la particularidad de unos cuantos? Porque hay que decirlo: el espacio político ya es de un número delimitado de participantes y los asientos de toma de decisiones parecen estar apartados (una cúpula política gira, se revuelca en su propio espacio y lo ensucia hasta crearnos la idea de que a este lugar “ya lo chupó el diablo” y que por eso “ya debo tocarlo”, porque “ya está maldito”; sí, me refiero a los espacios de gobierno, las instituciones).

El miedo es una de las cadenas para realizar la metamorfosis. La inseguridad, que con Hobbes nos parece clara, sobre la idea de que “el hombre es naturalmente malo”, y que con Rousseau recuperamos chispas de esperanza para darle la bondad a ese humano que se corrompe por la sociedad, es así la espina en el zapato. La moralización, otra espina, acecha al individuo más o menos preparado para la crítica y éste termina por emitir juicios que podrían no corresponder a lo real, a lo actual.

Seguro que deseamos un mundo perfecto, pero también somos realistas; *Un mundo feliz*, como el de Huxley –algo paradójicamente caótico, por cierto– no es lo más indicado. Podemos pensar, más bien, en un mundo en el que no haga falta gritar para ser visto; en el que, por supuesto, la jerarquía parece inevitable, pero el



abuso no tiene por qué estar presente. Y si parece que se toma distancia entre lo que es y lo que debe ser, pensemos que esto es lo de hoy: la violencia sobre grupos vulnerables que, para ya no apostar por la pluralidad, se busca eliminar por medio de “estrategias del progreso y de desarrollo nacional y global” (porque aunque se pierde –vidas, ecosistema–, también se gana –desarrollo y progreso–; observación que queda más clara con Zizek en *Viviendo en el final de los tiempos*); y, así, mediante los gritos organizados por los que se solicita ayuda de los que supondríamos seríamos, o somos, los “horizontales”, hacemos oídos sordos.

Al final de todo ¿qué decimos sobre el ciudadano real, el de hoy? Las perspectivas teóricas más básicas dirían que el ciudadano es una hipótesis, pues debe cumplir ciertas características idealizadas y necesarias para participar en el espacio público. Otros dirían que cualquiera es ciudadano, siempre y cuando pertenezca a determinado territorio o espacio geográfico y sea por lo menos nombrado en la ley; otros apostarían por los ciudadanos del mundo, el cosmopolita, y, sobre esta idea, otros hablarían de un cosmopolitismo subalterno, contestatario a la dinámica homogeneizadora y alternativo a una dinámica opresora de los más vulnerables. Comprendo que se puede coincidir de mejor forma con el análisis de las castas, tomando la idea de que en la “diversidad” aparecen los diversos, aunque desaparezcan en las decisiones, en los beneficios.

## 2

(...) *La identidad no es una pieza de museo, quietecita en la vitrina, sino la siempre asombrosa síntesis de las contradicciones nuestras de cada día.*

Eduardo Galeano

Antes, se había dicho que podían existir muchas posiciones sobre la ciudadanía (cosmopolita, cosmopolita subversiva, jurídica o legal). Ahora, se debe hacer mención, para adelantar y abordar las distintas ciudadanías, de otras posibilidades. Por ejemplo, si hablamos de un ciudadano imaginario, nos estaríamos refiriendo al que es idealizado, al esperado sobre cualquier otro ciudadano: el que se adapta de forma congruente a un régimen; si hablamos del ciudadano precario, pensaríamos en aquel que, entre diversas necesidades, carece de las ventajas para, incluso, sostenerse en un sistema excluyente, que no brinda apoyo económico o social para personas que *verdaderamente* lo necesitan.

Este ciudadano podría asemejarse al ciudadano desigual (social y económicamente), pero esta última categoría es más amplia en el sentido de que incluye otras categorías como el género y la etnia. Hasta aquí vemos que las subcategorías de la ciudadanía pertenecen a diferentes clases. Por un lado, una ideal y, por otro,



una real. Esto, por supuesto, se puede observar en el contexto mexicano. El ciudadano imaginario, el ideal, es representado fervientemente en el derecho positivo; el segundo (el precario desigual) es observado en las calles, en los barrios, en las pequeñas casas de lámina y en los sin casa, *entre otros puentes y camas de cartón*.

Otra realidad, contrastante, seguro es el ciudadano mirrey; este ciudadano es capaz de todo –e incapaz de nada, pues vive a la deriva de lo que para los mortales es tan simple como servirse un vaso de agua–; sin embargo, también es desigual en cuanto a la comparación con los precarios, pues hace y deshace lo que las tarjetas de crédito, sostenidas con los impuestos salidos de los sombreros mágicos de *los de arriba*, permiten.

México, además de ser un país multiétnico o, mejor dicho, transcultural, es un país en el que caben varias categorías de ciudadanía. Ciudadanías con contrastes, con diferencias, con ventajas y desventajas; unos avanzan por escaleras a pasos lentos para llegar a la cima (o por lo menos a un primer piso) y otros suben por elevadores, que hasta se permiten o se dan el lujo de estar en la parte baja para echar un ojo de “cómo vamos avanzando”, pero que fácilmente se ubican en el piso 50 de la oficina principal, dando órdenes con un solo clic o con el chasquido de los dedos.

En estas condiciones, ¿cómo se construye ciudadanía? ¿Es posible construirla? La respuesta a esta segunda pregunta, a mi parecer, es positiva. La ciudadanía se ha construido a través del tiempo. Pero ¿qué tipos de ciudadanos se construyen? Aquí el problema. Se pueden ver, por lo menos, dos formas principales: fundamentalmente, el ojo está puesto en los ciudadanos desiguales–precarios, es decir, en aquellos que están formados siempre *menos* y que se les engaña como en la metáfora del escalón –a subir uno y sentirse realizado sin poder hacer uso del elevador–; y también el ojo se pone en aquellos que, para nada, como dijo alguna vez Paulo Freire, serán educados para ser pobres: los formados “de *más*”.

¿Quién los construye? Se podría pensar que el Estado, a través de sus instituciones en su posición hegemónica. Si bien la sociedad contribuye a la formación de la ciudadanía, desde una perspectiva sistémica, pensaría que aquella es sólo la salida de lo que entra por el Estado. ¿Cómo se construye? Como todo proceso, donde participan diversos elementos. Las instituciones, sus edificios, sus espacios o los documentos que son el contenido formal son componentes para formar ciudadanos conforme a una cuestión pensada desde el referente estatal.

Pensaríamos también que, si el Estado coordinara tanto lo que “piensa”, a través de sus instituciones, como lo que escribe a través de las constituciones, programas y leyes, estaríamos en la dirección correcta del ciudadano imaginado; sin embargo, encontramos la incongruencia de que ni las instituciones forman para aquello ni que la realidad es abordada críticamente.

No sugeriré respuestas para decir por dónde dirigirnos, porque sinceramente no las tengo; sólo diré lo que seguramente ya se ha dicho: que entre lo imaginado



y lo que se hace hay una gran distancia; que quienes *hacen/dirigen* no necesariamente piensan para coincidir con lo imaginado; y que el “qué”, el “quién” y el “cómo” son pensados por unos cuantos para decir y decidir qué, quién y cómo; que lo demás desafortunadamente sirve de consuelo, como decir que la pluralidad, el pensamiento de *los otros*, también es tomado en cuenta. Sí, nos hacen el favor de prestarnos oídos, pero nuestro lápiz no escribe en el libreto de la obra que tantas veces hemos pensado, soñado, descrito: el que nos ha hecho vibrar.

Por supuesto que hay esfuerzos que más o menos esbozan una salida, como las políticas o agendas que proponen los más desfavorecidos; sin embargo, hasta estos pueden resultar, en cierta medida, precarios. No hay más que no contener los esfuerzos desde nuestros espacios “para no dejar sólo al Estado”; siempre y cuando este no nos obstruya o nos excluya.

Así, por último, no con la misma profundidad de las palabras de Galeano, me gustaría terminar esta reflexión en una secuencia que seguro ha puesto más espinas de las que ha quitado; ni una sola identidad, ni un solo ciudadano:

Estamos, pero no somos,  
porque vamos siendo  
dejando de ser  
y siendo sin saber.  
“La verdad está ahí afuera”  
Eppur si muove  
(«y sin embargo, se mueve»).



Olivia Vivanco. De la serie: *De paso*, 2014 (detalle).